

— MARTIN GAMERO. —

LA LEYENDA
DEL CRISTO DE LA LUZ.

1867.

LA LEYENDA
DEL CRISTO DE LA LUZ

Zorrilla, el inmortal cantor de las tradiciones populares, educado en Toledo, tomó de esta ciudad algunos asuntos preciosos para sus leyendas.

Yo en mi niñez leía con entusiasmo *A buen juez mejor testigo*, que es un cuento escrito admirablemente, cuya sencilla narracion encanta, cuyas pintorescas descripciones y animados diálogos embriagan el espíritu del que fija los ojos sobre sus páginas la primera vez, y me decía:—¿Por qué el poeta del pueblo habrá echado en olvido la tradicion de nuestro Cristo de la Luz?

No ménos bella é interesante que la del Cristo de la Vega, al mágico conjuro de su imaginacion de fuego, aquella tradicion hubiera adquirido como la otra universal renombre.

Pero esperemos, añadia yo, entusiasta admirador del poeta vallisoletano;

quizás algun dia nos regale un poema digno de su pluma, y esperaba.

Esperaba inútilmente.

Zorrilla abandona más tarde en sus cantos la historia de la ciudad de los concilios, para interesarse en los secretos de la Alhambra y el Generalife. La Toledo wisigoda cede su puesto á la Granada árabe, y los ecos del Tajo quedan confundidos al murmullo que levantan juntos el Darro y el Genil.

Desechad toda esperanza, dije entonces como los condenados del Dante; hice un esfuerzo supremo, y escribí esta leyenda.

Cuando se ausenta Virgilio, bien puede un Batilo, sin hacerse reo, usurpar algunos instantes su lira, si antes se disculpa con aquello del Ariosto:

Forse altri canterà con miglior plettro.

PRIMERA PARTE.



*No es mucho tenga mala condicion
quien no tiene buena ley.*

QUEVEDO.

I.

Es una noche apacible
De Enero, clara y serena.
La luna alegre recorre
Del alto cénit la senda
Sin celajes que la empañen,
Ni velos que la oscurezcan,
Reverberando en el Tajo
Como una encendida estela.
Toledo, noble matrona,
Sentada en una eminencia,
Sus glorias y sus blasones
Con hondo placer contempla;
Y en la atmósfera azulada,
Donde alcázares é iglesias,
Muros, torres y castillos
Inmóviles se presentan,
Bañados de luz y sombra
A capricho fantasea
Ejércitos de Titanes,
Que el cielo escalar intentan.
Circula un viento sutil,
Que pasa, resfria ó hiela,
Y no sirven precauciones,
Capas, tabardos ni telas.
Sonó el toque de las ánimas

Hará dos horas y media,
 Y si no duerme, en silencio
 Yace la ciudad entera.
 Sólo en confuso se oye
 La voz de los centinelas,
 Que á cada instante se dicen
 ¡Compañero, alerta!—¡alerta!
 Y el ágrío son de campanas
 Con que religion austera
 Llama á maitines al monge,
 Y á los seglares despierta.
 No cruza un alma viviente
 Las calles siempre desiertas,
 Y está la noche cual nunca
 Para una ronda dispuesta.
 Salúdanla los amantes
 De gozo llenos al verla,
 Y á sus aventuras marchan
 Sin temor que los detenga.
 En un callejon estrecho,
 Do la luz escasa entra,
 Mancebo de buen talante
 Sin duda á su hermosa espera.
 Una gorra con dos plumas
 Le resguarda la cabeza,
 Y un airoso ferreruelo
 Su cuerpo arrogante lleva;
 Mas no es tan largo que cubra
 Sus acicates ó espuela
 Y las conteras del hierro
 Que de su cintura cuelga.
 Grande impaciencia le ácuide
 Segun lo que se pasea,

O, á juzgar en otra forma,
 Tiene frío y se calienta.
 Al fin, despues de esperar
 Algun tiempo, oyó una seña,
 Tosió á su vez, y acercóse
 Frente por frente á una reja.
 —¿ Eres tú, Ferran? le dijo
 Una voz dulce, halagüeña.
 —Sí, yo soy, contestó el mozo,
 ¿ No me conoces, Estrella?—
 Y se levantó la gorra,
 Y la dijo mil ternezas.
 Siguióse una breve pausa
 A esta amorosa respuesta;
 Que cuando latén los pechos
 Calla medrosa la lengua,
 Y las palabras estorban
 Donde el discurso se esfuerza.
 Por suerte no hay más testigos
 Que presencién esta escena,
 Que la luna que la alumbra,
 Y la dueña que la vela.
 Al cabo rompió el silencio
 La dama de esta manera:

ESTRELLA.

¿ Esperaste mucho?

FERRAN.

Mucho;
 Que cada instante que vuela
 Es un siglo de tormento,
 Y el que espera desespera.

ESTRELLA.

Mi padre se acostó tarde,
 Y yo aguardé á que durmiera,
 Porque, estando receloso,
 Temo que me halle en la reja.

FERRAN.

Sus recelos, prenda mia,
 Caros á los dos nos cuestan.
 Lo sé muy bien: orgulloso,
 A concederme se niega
 La dicha por que suspiro,
 La luz que mi vida alienta.
 Yo un mísero aventurero,
 Sin más haber que el de guerra,
 No puedo añadir cuarteles
 A las armas que él ostenta.
 No tengo pajes ni heraldos,
 Ni el mismo rey me respeta,
 Ni llevo lanzas á sueldo,
 Ni pongo horcas en mis tierras.
 ¡Qué pasión puedo encerrar
 En un alma tan estrecha,
 En un corazón mezquino
 De vil condición plebeya?

ESTRELLA.

Ay! Ferran, no me atormentes!
 Te basta el que yo te quiera,
 Para olvidar los caprichos
 De mi padre.

FERRAN.

¿Estás resuelta,
O el cariño que me juras,
Es un cariño cualquiera?

ESTRELLA.

Sólo falta que tú ordenes,
Para que yo te obedezca.

FERRAN.

Pues bien: disponte á partir
Conmigo pronto á Venecia,
Donde mi brazo y mi espada
Nueva suerte nos ofrezcan.
Huyamos de este país,
En donde todo es miseria,
Donde el que pobre ha nacido
Hereda un padron de afrentas,
Que lleva el triste en la frente
Para que todos le vean,
Y le desprecien los ricos,
Y le escupa la nobleza.
Huyamos, Estrella mía,
Y quédese enhorabuena
Tu padre con sus blasones,
Sus favores y riquezas.
Yo sin vanidad presumo,
Que vale más mi pobreza
Con tu amor, que los tesoros,
Las coronas y preseas
Que cubren de tantas gentes
Las pasiones y flaquezas.

ESTRELLA.

¿Qué dices, mi bien?

FERRAN.

Lo oiste;

Y si me quieres, es fuerza
Que mañana luzca el día
Que nuestras ansias desean.

ESTRELLA.

¿Y mi padre?

FERRAN.

Nada importa.

ESTRELLA.

Morirá, Ferran, de pena.

FERRAN.

Y también, si tú no partes,
Serás víctima cruenta
De las iras de ese viejo
Que hacerte infelíz anhela.

ESTRELLA.

Ay! no me atrevo.....

FERRAN.

En buen hora.

Yo parto, y ahí tú te quedas.

ESTRELLA.

Aguarda, mi bien, aguarda.
Tuya soy, mas no me pierdas,
Y júrame por Dios vivo
Que nuestra union será eterna!

—

Juró el mozo : ella llorando
Hizo tambien mil protestas.
Ah! ya olvidó sus deberes
Y los males que la esperan.

—

ESTRELLA.

Pero ¿cuándo partiremos?

FERRAN.

Mañana á las tres y media
De la noche, dos caballos
Tendré prontos en la Vega.
Y ¿tú por dónde saldrás,
Vida mia?

ESTRELLA.

Por la puerta
Excusada, cuya llave
Está en poder de la vieja.

FERRAN.

Bien : sobre todo esperad
A que la gente se duerma.

La seña será un silbido,
 Para que nadie la entienda.
 ¿La olvidarás?

ESTRELLA.

No, Ferran.

FERRAN.

Pues hasta mañana, prenda,
 Que se hace tarde, y el viento
 Es tan húmedo que hiela.
 Ganó el mancebo la esquina,
 Y echó á andar á rienda suelta,
 Alborozada su alma
 Con esperanzas risueñas.
 Llamó á la dueña la dama,
 Y ambas cerraron la reja,
 Gruñendo aquella un rosario,
 Y llena de susto Estrella.

¡Ay de aquel que necio entiende
 Que nadie escuchar pretende,
 Sin ver en su orgullo loco
 Que todo sigilo es poco,
 Y que hasta el viento nos vende!

¡Ay del alma dolorida
 Que, por encontrar consuelo,
 Suelta un secreto en el suelo,
 Y cree va á perder la vida
 En los espacios del cielo!

¡Ay de la triste paloma
 Que, en su virtud confiada,
 Duerme sola y descuidada,
 Mientras el milano asoma
 La garra hambrienta afilada!
 Tal vez venga en su descuido
 A sorprenderla la muerte,
 Sin que la sienta su oído,
 O acaso cuando despierte
 Se encontrará en otro nido!

.....

.....

No bien amante Ferran
 Propuso á Estrella su plan,
 Y la partida emplazaron,
 Dos personas con afán
 En el callejon entraron.

A juzgar por el desdén
 Y villanas cataduras

De estas vivientes figuras,
No han de ser hombres de bien,
Ni de intenciones muy puras.

La reja y puerta observaron
De que los novios hablaron,
Con un exámen prolijo,
Y luego que las miraron,
El uno al otro le dijo:

—Ya la fortuna tenemos
Ménos airada é impía.
La ocasion no despreciemos;
Mañana será otro dia,
Y, Abisain, medraremos!

II.

Pasó la noche, y pasóse
El otro dia tambien ,
Como se pasan los siglos,
Sin que se sienta su pié.

Mis amantes en secreto
Se disponen á vencer ,
Y todo está preparado
Para partir á las tres.
Ferran compró dos caballos
A un chalau, ladron de diez,
Encomendando en la Vega
Su guarda á un criado fiel.
Y como no está sobrado,
De un usurero soez
Recibió un poco dinero
Con un bárbaro interés.
Ya arreglado el equipaje ,
Que echó sobre el palafren ,
Para la pronta partida
Armóse de fino arnés ;
Dió un adios triste á la casa
En que pasó su niñez ,
Y, sonando las espuelas,
Puso en la calle los piés.

En tanto Estrella reúne

Con cariñoso desden
 Dentro de un cofre de nácar
 Sus joyas de más valer ;
 Perlas, rubíes , diamantes
 De asombrosa brillantéz ,
 Un relicario de oro,
 Un cintillo, un alfiler
 De brillantes, dos pulseras
 Y una cadena de seis
 Vueltas con una pintura
 Que envidiara Rafaél.
 Todo esto guarda en el cofre
 La dama, y bien deja ver
 En el cristal de sus ojos
 Que lloró más de una vez,
 No sé si porque se fuga,
 O porque espera volver,
 O porque teme á su padre,
 Y no confía en la fé
 Que le juró por Dios vivo
 El amoroso doncel.
 Lo cierto es que está asustada
 Y escucha con avidez
 Hasta el más leve rüido,
 Creyendo á su padre ver.
 La sombra que representa
 Ella misma en la pared,
 Esbirros son y criados
 Que la vienen á prender.
 El cuadrante está dormido,
 Y hace un siglo dió las diez :
 ¿ Por qué no corre ligero
 Y señala ya las tres?

Esta idea la ocupaba,
 Cuando se entró una mujer
 Sin anunciarse en su cuarto,
 Que si no es dueña, pardiez
 Es un vampiro ó una bruja,
 Que lo mismo viene á ser.
 Tardo andar, hombro caido
 Doblado por la vejez,
 Voz de campana cascada,
 Ojos de gato montés;
 Trae un rosario en la mano,
 Consuelo de su viudez,
 Y el diablo dentro del cuerpo,
 Segun su mal proceder.
 —¿Vamos, señora? la dijo.
 —Cuando tú quieras, Inés,
 Contestó el ama.—Durmiendo
 Quedaba cuando yo entré
 Vuestro padre, añadió aquella,
 Y ya sabeis su sordez;
 Aunque se hunda la casa,
 No hay miedo que lo oiga él.
 Vamos.—Y al punto salieron,
 Abrazada Estrella á Inés.

Dejemos á las mujeres
 Salvar retretes y alcobas
 Con pié furtivo y á tientas,
 Para que nadie las oiga,
 Ya tropezando en un cofre,
 Ya abrazándose á una cómoda,
 Ora cayendo de bruces
 Sobre alguna silla coja,
 Ora pisando á un mastin
 Que el camino les estorba ;
 Pues cuando gusta el silencio
 Es cuando más se alborota,
 Y por ventura parece
 Que todo se proporciona
 Para cortarle los vuelos
 A la inocente paloma.
 Instalemos en la calle
 Nuestra observacion curiosa,
 Y veamos qué razon
 Da Ferran de su persona.

Apenas dejó la casa,
 Echó á andar á rienda floja,
 Cruzando calles, cubillos,
 Plazas y cuestas incómodas,
 Embriagada su alma
 Con una esperanza pronta,
 Y el corazon en tortura
 Por si el lance se malogra.
 Mil ideas en su mente

Se guarecen revoltosas ,
 Y ofuscan su fantasía ,
 Y su razon vuelven loca .
 Ya se cree estar en Venecia ,
 Y ver sus torres octógonas ,
 Y sus palacios ducales ,
 Y sus máscaras y bromas .
 Ya recrea su pupila
 Poblado el golfo de góndolas
 Con remeros bagarinos
 Y tornasoladas lonas ;
 Y se forja un nuevo mundo
 Su imaginacion fogosa ,
 Donde gozará favores ,
 Cariño , fortuna y gloria .
 Mientras tanto estas ideas
 Le tienen la mente absorta ,
 Y cuando se va acercando
 A Estrella , que espera ansiosa ,
 Una mano fuerte le ase
 Y le sujeta con cólera :
 — ¡ Quién osa imprudente ? exclama .
 — Quien hidalguía pregona ,
 Contestó una voz , y excede
 Al mal caballero en honra .
 — Quién sois , decidme , ó por Cristo .
 Que cierro al punto la boca ,
 Para que obtenga la espada
 Contestacion más honrosa .
 — Flaca , segun lo que veo ,
 Tiene Ferran la memoria .
 Miradme desembozado
 ¿ No me conoceis ahora ?

—Sacao, ¡cómo tan tarde
 Cruzais las calles á solas?—
 Y la mano iba á alargarle,
 Cuando el otro rehusóla
 En ademan que figura
 Que á su contrario perdona.
 Despues de un corto silencio,
 Con ligereza asombrosa
 Alzóse el desconocido
 El tabardo hasta la boca,
 Y tranquilo contestóle
 A Ferran en esta forma:
 —Nuestros asuntos me traen
 A este sitio y á estas horas,
 Que sé partís á Venecia
 Sin pagárme aquellas doblas,
 Y por el Dios de Israel,
 O dejais entre congojas
 La vida en este momento,
 O me pagais sin zozobra.
 —Tomad, infame judío,
 Dijo álargando una bolsa,
 Y agradeced á mi Estrella
 Que la respuesta no es otra.
 Sin pronunciar más palabra,
 Echó una mirada torba
 Al usurero, y volvióle
 La espalda pronta y airosa.
 —Esperad, dijo Sacao,
 Cogiéndole de la ropa,
 Y recobrad el retrato
 De vuestra bella madonna.
 —No te tardes un minuto;

Dame esa prenda preciosa ,
Perro judío, y me marchó,
Pues ya la campana dobla
Las tres y media.—Ahí teneis--
Y al recibirla besóla.

Quedó el judío contento
Porque recobró las doblas ,
Y celebró entre sí mismo
La trama astuta , ingeniosa.
Luego al mirar á Ferran
Torcer la esquina que toca
A la casa de su amante ,
Murmuró con voz gozosa :
—Olvidaste , mentecato ,
Que toda reserva es poca ,
Y entregaste al gayilan
Las alas de tu paloma !

III.

Pocos instantes pasados
Llama Ferran á su Estrella,
Y ni responde la bella,
Ni nadie escucha su voz.
En vano el mozo aturdido
Con tan extraño suceso,
Esfuerza el grave silbido,
Que huye en el viento veloz.

En vano jura y maldice
Por el padre y por la dueña;
No hay quien conteste á su seña,
¡Dormidos todos están!
Sin duda la hora no ha oído,
Le dice su pensamiento;
Mas ¡ay! que en este momento
Las cuatro en la torre dan.

Registra la casa toda
Con una mirada incierta,
Y halla cerrada la puerta
Y cerrado su balcon.
Sola una luz, ya espirante,
Ya vívida é intranquila,
Tras los cristales vacila
De Estrella en la habitacion.

Y, estándola contemplando

El amante á sus anchuras,
 Quedóse la estancia á oscuras
 Cual negro espeso capuz.

¡Si ya bajará? se dijo
 Alborozado y contento.....
 Y era que el soplo del viento
 Había apagado la luz.

Inquieto y desazonado,
 Del caballero el discurso,
 Ideó un nuevo recurso
 Para advertir su pesar:
 Púsose enfrente á la reja
 Donde hablaba á su señora,
 Y con voz limpia y sonora
 Entonó un triste cantar.

Entonces sintióse un ruido
 Improvisado en la esfera,
 Que trajo al galan querido
 Una esperanza de amor.
 —¡Ella será, sí, mi Estrella,
 Balbuceó entusiasmado,
 Que ha escuchado mi querella,
 Y sabe ya mi dolor!

Y con tan grata esperanza,
 Con tan dulces ilusiones,
 Olvida ya su tardanza
 Y su incomprensible afan.
 Pero ¡ay! engañóse el triste,
 Pues la que sale es la dueña,
 Que al oír su extraña seña,
 Va á responder al galan.

Un momento están dudosos
 Ambos á dos y se miran,

Y con trabajo respiran ,
Hasta que el uno exclamó:
—¡Inés!—¡Ferran!—¿Y tu ama?
Ya de esperar estoy harto.
—Señor , á las tres y cuarto
Con otro hombre partió!!

—¡Maldicion ! dijo Ferran ,
 ¿No hay un rayo que me parta?—
 Y se mesaba el cabello ,
 Y el corazon se apretaba
 Con señales evidentes
 De devoradora rabia ,
 Cual si quisiera furioso
 Desgarrarle entre sus ánsias.
 La dueña, al ver sus extremos,
 Aturdida y asustada ,
 ¡ Ladrones ! grita , ¡ ladrones !
 Y aun añade—¡ que me matan !
 Y quiere huir y no puede ,
 Quiere hablar y sus palabras ,
 Al subir para los lábios ,
 Se hielan en la garganta.
 La calle ocupan al punto
 La ronda y gentes armadas ,
 Y los balcones se cubren
 De mujeres charlatanas ,
 Que para ver qué sucede ,
 Dejan curiosas la cama ,
 E imponen á sus maridos
 La pena de que no salgan.
 El bullicio se prolonga ,
 Y se cruzan las palabras ,
 Y todos hablan del caso ,
 Y nadie sabe la causá .
 Unos gritan—¡ que los maten !
 Otros dicen—¡ qué jaranas !
 Ni se descansa de noche

En esta maldita España!
 Aquel observa calmoso,
 Este acaricia la espada;
 Y por fin todos á una,
 Ronda, curiosos y guardias,
 Se dirigen á la puerta
 De la casa de los Vargas.
 A poco llegan los jueces
 Con la hueste necesaria
 De escribanos y alguaciles,
 Anfibios de uña y de vara,
 Y ginetes hasta veinte
 Los defienden y acompañan;
 Que en los tiempos revoltosos
 A que esta leyenda alcanza,
 Como en los tiempos de ahora,
 Tienen más fuerza las lanzas
 Que las togas y las leyes,
 Aunque se graben en plata.
 Dirigiéronse en ojeo
 Los merinos á la casa,
 Y mandaron retirarse
 A su hogar á la canalla.
 El callejón despejóse;
 Cerráronse las ventanas;
 Cesó de pronto el bullicio,
 Y todo se quedó en calma.
 Las seis sonaron entonces
 En la vecina campana,
 Y á esta hora, limpia y pura
 Rayó en el oriente el alba.

SEGUNDA PARTE.



*Pero despues que el tiempo rompe el velo,
Quita las nubes y descubre el cielo.*

LOPE DE VEGA.

I.

Ferran, que permanecía
Como una estatua de estuco,
Quieto, impassible, sereno,
En tanto gritaba el vulgo,
Cuando llegaron los jueces
Espavorido y confuso
Despareció sin ser visto
Entre el airado tumulto.
Los corchetes registraron
Con ojo traidor y astuto
De la casa de los Vargas
Los rincones más ocultos,
Y como no se encontrasen
Lo que buscaban, al punto
Despertaron al señor
Con insolentes murmullos.
Alzáronse, al oír las voces,
Pajes, criados y súbditos
Del padre de Doña Estrella
Con sables, palos y chuzos;
Y armáran una asonada
Estos caribes membrudos,
A no detener sus brazos
Don Gracian Vargas y Bustos,
Viendo que ya acorralaban
A los golillas algunos,
Y sin respeto á los jueces,

Que alzan por alto los puños
 De sus borlados bastones,
 Desnudan otros su escudo.
 Apaciguada la escena,
 El respetuoso caduco
 Preguntó á todos la causa
 Que así alarmados les puso.
 Refiriéronla al momento
 En un ligero discurso,
 Y aun le añadieron noticias
 No dadas antes al público.
 Quedóse el anciano inmóvil
 Con el lábio helado, mudo,
 Y pronta á brotar la sangre
 De rabia hasta por los puños.
 Trajeron á su presencia
 La dueña, que antes estuvo
 En su cuarto retirada
 Rezando por los difuntos,
 Y, á poco que la acosaron,
 Les reveló más que supo,
 Y dijo estaba inocente,
 Y que Ferran era un tuno.
 Tomaron los escribanos
 Acta de todo el asunto,
 Y despejaron los jueces,
 Quedando meditabundo
 Y abismado en sus pesares
 Don Gracian Vargas y Bustos.
 Dos horas no eran pasadas,
 Cuando entraban con insultos
 Al desgraciado Ferran
 En un calabozo oscuro.

Corria un dia tras otro
 Y hasta dos meses corrieron.
 Por Ferran nada supieron
 Aunque le ataron á un potro.

En vano enseban traviesos
 Del tribunal los lebreles
 Gárfios, amarras, cordeles,
 Para quebrarle los huesos.

En vano fieros forzándole
 A decir lo que desean,
 Por la ciudad le pasean,
 Las espaldas azotándole.

Y va el pueblo enfurecido
 Detrás gritando en ayuda,
 Que siempre el pueblo saluda
 Con agravios al caído.

En vano sin caridad
 Preparan al noble mozo
 Un hediondo calabozo
 De insalubre oscuridad.

No le aterra la prision,
 Ni de la ley las venganzas:
 ¡ Al que no tiene esperanzas,
 Los tormentos qué le son?

Él con gozo los recibe,
 Y en ellos halla placer,
 Que qué le importa perder
 La triste vida que vive,
 Si amaba á un ángel sin tasa,

Creacion fascinadora,
 Y hoy ya perdido le llora
 Sin saber lo que le pasa;
 Si ayer cariñoso y tierno
 Fué á tocar un paraíso,
 Y bordeó de improviso
 Con sus plantas un infierno.
 Por eso inútiles cargos
 Ingenio sutil le labra:
 Ni le arrancáran palabra
 Tormentos aún más amargos.
 Con maneras descompuestas
 Le hace preguntas el juez,
 Y él le dirige á su vez
 En tono altivo respuestas.
 Le dice aquél con furor:
 —En dónde está Estrella, en dónde?
 Y él sereno le responde:
 —¿Qué me interrogais, señor?
 Mucho en decirlo me holgara,
 Si lo supiese de cierto;
 Mas mi interés; os advierto,
 Igual pregunta prepara.
 A ser muy grande el afán
 Que por saberlo teneis,
 A otros perseguir debeis,
 Y no tan sólo á Ferran.
 Yo sin la fuerte clausura
 Que me sujeta y arredra,
 No dejaria una piedra
 Hasta encontrarla segura.
 Y así el juez en preguntar,
 Y en no declarar el reo,

Ambos, según lo que creo,
Fruto escaso han de sacar.

Porque los jueces también
Están de presa sedientos,
Y el mancebo en los tormentos
No lo pasará muy bien.

Dejémoslos á los dos
En sus preguntas extrañas,
Y veamos en qué entrañas
Guarda á Estrella el diablo ó Dios.

II.

Fuerza será ser curioso ,
Pues nunca fué gran pecado
Buscar desdichas ajenas
Para endulzar propios daños.
Don Gracian pide su hija ,
Y los corchetes no han dado ,
Aunque olfatean hambrientos,
Con la presa ni su rastro;
Y si el deseo no engaña
Nuestro exámen delicado,
Nosotros dimos con ella
Más afanosos acaso.

En una casa mediana
De un barrio tambien mediano,
Que llaman *Valdecaleros*
Desde muy remotos años ,
Hay un salon arabesco
Lujosamente adornado
Con vistosas colgaduras
De tisúes y damascos.
Una alfombra toledana
Cubre el suelo de alabastro ,
Y ofrece al ojo curioso
La historia de los romanos.
Ricos pebetes aroman

Con olores delicados
 El aire que los rodea
 Ansioso por devorarlos.
 En estanques de cristal,
 Con esencias perfumados ;
 Hay peces de mil colores
 Dentro las aguas nadando ,
 Y en jáulas de ébano y oro
 Inquietos trinan mil pájaros ,
 Que tanta gala trocaren
 Por el azul del espacio.

Sobre un almohadon de pluma,
 El pié en un cogin de raso ,
 En una mesa los codos
 Y la faz entre las manos ,
 Como quien medita ó teme
 Inesperado fracaso ,
 Un sér se vé en el extremo
 De este salon alhajado ,
 Que tanto guarda de ángel
 Como conserva de humano.
 Es una mujer hermosa ,
 En cuyo rostro asáz pálido
 Hay dos ojos de brillante ,
 Y de escarlata dos lábios.
 Ancha túnica de lino
 Con pliegues cien y cien lazos
 Sus preciosísimas formas
 Velan al ojo profano.
 Descompuesta por la espalda,
 Con su morbidez jugando ,
 Baja una espesa melena
 De cabellos mil rizados ;

Y da á este sér peregrino
 La luz atractivos tantos,
 Que al verle dijeran todos
 Es un ángel descuidado
 Que, mal hallado en el mundo,
 Está sus males llorando !
 La inquietud de sus pupilas,
 La posicion de sus manos
 Y los sollozos perdidos
 Que se escapan de sus lábios,
 Revelan hondos pesares,
 O no serle nada grato
 El mirar de otra persona
 Que está sentada á su lado.
 Largo vestido de bisso
 Bajo un anchuroso saco
 Al talle ceñido lleva
 Con hebillas y bordados.
 La barba hasta la cintura
 Le cae, el pecho ocultando,
 Y una caperuza ostenta
 En las sienes por resguardo.
 Tiene crispados los puños,
 Los dientes atenazados,
 Y está por la boca impía
 Basiliscos vomitando,
 Como un inmundo reptil
 A quien la cola han pisado.
 Despues de varias palabras
 Ambos la calma cobraron,
 Y, ella esquiva, él cariñoso,
 Tramaron este diálogo.

ISRAELITA.

Basta ya : ten compasion
De mi pesar , nazarena ;
Rompe la dura cadena
Que me hiere el corazon.

Vuelve hácia mí dulcemente
Ebrios de placer tus ojos ,
Que sientan mal en la frente
De una hermosa los enojos.

Por piedad cese el desden ,
No llores , mujer , no llores.
¿No te doy yo mis amores ?
¿No es tuyo mi oro tambien ?

ESTRELLA.

¡ De qué me sirven tu oro
Y tu torpe amor bastardo ,
Si yo en la hoguera me ardo
De otro sér á quien adoro !

ISRAELITA.

Y ¿ esperas que ese creyente
Por quien liviana suspiras ,
Te ha de librar de mis iras ?

ESTRELLA.

¡ Qué he de esperar , inclemente !

A este sitio me tragiste ,
Me encerraste aquí con dolo ,
Y esos pájaros tan sólo
Por compañía me diste.

Ellos , cual yo en mi horfandad ,

Si cantan con gusto y arte,
 No cantan por agradarte,
 Que lloran su libertad.

Tú con impuras vilezas,
 Con diabólicas ternuras,
 Que me fascinen procuras
 Tus dádivas y riquezas.

Mas sin éxito batallas,
 Y en vano te esforzarás,
 Pues siempre me encontrarás
 Tan firme como hoy me hallas.

Y pues amor no he de darte,
 Ni contigo he de vivir,
 Antes prefiero morir
 Que sufrirte y escucharte.

ISRAELITA.

Poned frenos á la lengua,
 Que estais, señora, en mis manos,
 Y tolerar fuera mengua
 Desdenes tan inhumanos.

ESTRELLA.

No lograrás, por mi Dios,
 Sellar mis labios ahora.

ISRAELITA.

Tened en cuenta, señora,
 Que hay tormentos para vos.

ESTRELLA.

Que los haya no me pesa ;
 Ya sé que eres un traidor.

ISRAELITA.

Pero olvidas que la presa
Pertenece al vencedor.

De grado ó á tu pesar
Serás , altiva cristiana ,
Esposa mia mañana ,
O un tósigo has de apurar.

Y que consientas ó no ,
A mi imperio has de ceder.....
¡ En mi casa una mujer
No ha de mandar más que yo !

Entonces tomó una copa
 Incrustada de topacios,
 Y la presentó á la dama
 Aquel judío malvado.
 Estrella, al ver el veneno,
 Con un movimiento extraño
 El rostro ocultó transida
 De dolor entre las manos;
 Y dos lágrimas preciosas
 Por sus mejillas rodaron,
 Que ablandarian los riscos,
 Y endurecen á Sacao.
 Llamó en seguida el judío
 A Leví, su fiel criado,
 Y, abandonando el asiento,
 Le dijo en voz alta y claro:
 —¿Nadie ha venido?—Ni un alma.
 —¿Qué hora tenemos?—Las cuatro.
 —¿Y Abisain?—En el huerto.
 —¿Tienes miedo?—Ni del diablo.
 —Pues bien, aquí solo quedas;
 Yo parto ahora mismo al campo.
 Esta mujer guardarás
 Con cerrojos y candados.
 Si te llama.....—No respondo.
 —Si se queja...—No hago caso.
 —Y á sus ruegos muéstrate.....
 —Sordo, mudo y porfiado.
 —Lo entiendes, Leví.—Soy viejo.

—Y si intentare.....—¡La mato!
 —Con entregarme la piel
 Responderás á mis cargos.

Salieron de aquella estancia
 Ambos, señor y criado,
 Y recogieron las llaves,
 Y los cerrojos doblaron.
 Ensimismada la dama
 Quedóse á solas llorando.
 ¡Ay! ya no tiene la triste
 Otros consuelos que el llanto.

.....

 ¡Infelíz! quéjate y llora;
 Que mañana cumple el plazo,
 Y ó das la muerte á Ferran,
 O te la da á tí un villano!

III.

Al nordeste de Toledo
Hay unas huertas que baña
El fecundísimo Tajo
Con sus corrientes de plata.
Espeso bosque de chopos ,
Nópalos, álamos y hayañ ,
Regala sombras al campo
Y armonías á las aguas ;
Porque hay nidos de jilgueros ,
Ruisenores y calandrias ;
Como cunas canadienses
Suspendidos en las ramas ,
Y á los albores del día ,
Y á los murmullos del aura ,
Cantan sus celos y amores
Con celestiales gargantas.
Crecen en medio del bosque
Las aromosas acacias ,
La morada violeta ,
La salutífera salvia ,
Y la verdura del campo ,
Y el rocío de las plantas
Convierten en un eden
Las *Huertas del Rey* llamadas.
Aquí tuvo sus palacios
De recreo la Galiana ,

Hija del moro Galafre,
 Por quien diz vino de Francia
 Cárlos Martel, ya perdido
 De amor, á mostrar sus ansias.
 No lejos la oscura cueva
 De Harpalux tambien se halla,
 Donde encontró D. Rodrigo,
 En vez del oro y la plata
 Que buscaba su ojo avaro,
 Noticias negras é infaustas,
 Segun crónicas antiguas
 Y astutas viejas relatan,
 Que todas dirán verdad,
 Mas yo no las creo nada.

Ya el sol habia traspuesto
 La cima de las montañas,
 Cuando dos hombres subian,
 Envueltos en sendas capas,
 Desde las huertas del Rey
 Al puente y puerta de Alcántara.
 Ganaron el muro Azor,
 Que está dentro del de Wamba,
 Y á una capilla llegaron
 Linde á la misma muralla.
 Allí arrodilló el caballo,
 Y se ofreció á Dios la espada
 Del sexto Alfonso, el valiente,
 Cuando entró á tomar de Hiaya
 El cetro, que tantos siglos,
 La media-luna empuñara.
 Allí el clero toledano,
 A la mozárabe usanza,
 Celebró la primer misa

En la ciudad conquistada,
 Antes que el gran D. Bernardo,
 De Cluni gloria sin mancha,
 Nuestro primer arzobispo.
 Despues de aquel hecho de armas,
 Llevado de un celo santo,
 Con la princesa Constanza
 Consagrarse por la fuerza
 La insigne Mezquita-aljama.
 Entonces la luz perpétua
 Vióse que al Señor velaba
 Del cautiverio en las sombras,
 Mientras el árabe manda;
 Y el vulgo desde el suceso
Cristo de la Luz aclama
 Del Redentor escondido
 A la imágen sacrosanta,
 Alterando antiguos nombres,
 Viciando la historia patria.
 ¡Preciosos son los recuerdos
 De tan divina morada!
 ¡Cuán dulces estas memorias
 Que hoy la tradicion nos guarda!
 Ése templo es una joya
 Riquísima por lo rara:
 Pequeñas columnas y arcos
 Tiene de piedra labrada,
 Con relieves bizantinos,
 Con esculturas y láminas,
 Y hay cedros en la techumbre
 Traidos de Tierra Santa,
 Que nos revelan su origen
 Por el perfume que exhalan.

En esta iglesia mis hombres
 Entraron con confianza,
 Sin descubrir las cabezas,
 Ni humildes doblar las plantas.
 El templo está abandonado,
 No hay ni creyentes ni guardas,
 Y sólo el recinto alumbra
 Una moribunda lámpara.
 La sombra de los objetos
 En la pared dibujada,
 Ora de formas varía,
 Ora discurre fantástica.
 Resuena en la estrecha nave
 Medroso el pié del que anda,
 Como en el órgano santo
 La acorde nota afinada.
 Los dos sugetos discurren
 Afanosos por la estancia,
 Insultando el santuario
 Con sus miradas sarcásticas,
 Y, aunque asidos á una idea,
 Ni tosen, suspiran ni hablan,
 Ambos pudieran contar
 Los latidos de sus almas.
 Uno al fin sacó un venablo,
 Con él al Cristo dispara,
 Y en su corazón divino,
 Certero el ojo, le clava.
 Estremeciósese la tierra,
 Moviéronse las estatuas,
 La luz se apagó convulsa,
 Y sonaron las campanas.
 Mas nada aturde al impío,

Nada le aterra ni espanta ;
 Va , sube , y al Redentor
 Del alto leño desclava.
 Azotáronle crueles
 Sus purísimas espaldas ,
 Y rasgaron sus heridas ,
 Heridos ellos de rabia.
 ¡Por qué , Señor , aquel día
 Fué vuestra paciencia tanta ,
 Que á los dos no confundisteis
 En el polvo de la nada ?

.....

 Cubrieron bajo el tabardo ,
 Cansados de tanta infamia ,
 Al objeto de sus iras ,
 La imágen de Dios sagrada ;
 Y vomitando sus bocas
 Maldiciones por palabras ,
 Ambos gozosos dejaron
 La santa oscura morada.

¿Qué se hará en tanto el triste
 Corazon desolado,
 Que inútilmente aplica
 Calmantes al dolor?
 ¿Qué se hará con las penas
 En el pecho ulcerado,
 Y en la memoria escrita
 La historia de su amor?

¿Quién romperá sus hierros
 Y fuertes ligaduras?
 ¿Quién en sus viejas llagas
 El bálsamo pondrá?
 ¿No tendrán nunca término
 Sus bárbaras torturas?
 ¿Airado siempre el cielo
 Para él se mostrará?

¡Ay del mancebo loco,
 Que mueve audaz la planta
 Sin ver el precipicio
 Que le amenaza cruel,
 Y alegre y engreído,
 Ni siente, ni le espanta
 Cómo cegado corre
 A confundirse en él!

Cantores de las selvas,
 Celosos ruseñores

Que dormis escondidos,
 Mis súplicas oid;
 Dejad, dejad al punto
 Vuestros nidos de flores,
 Y á consolar á un triste
 Gozosos acudid.

Despierta, mansa brisa
 Dormida en los jardines,
 Sé dulce mensajera
 De un ósculo de paz.
 Salid del bosque umbrío,
 Pintados colorines,
 Canciones regaladas
 A su prision llevad.

Salid, salid del bosque
 En tropa bulliciosa,
 Dulces trobas cantando
 De ventura y amor,
 Y llevad los suspiros
 De un alma congojosa
 Al pecho que consume
 Carcoma roëdor.

Mas ¡guay! no sólo aqueja
 Este dolor insano
 Al inocente mozo
 Que gime sin solaz:
 Tormentos más crueles
 Tambien pasa un anciano,
 Y aunque llora sus males,
 No halla treguas ni paz.

Cansados sus amigos
Ingratos se escondieron,
Pues sólo tiene penas
Y lágrimas que dar.
Sus gentes le dejaron;
Sus bienes se perdieron;
Constante la tristeza
Le asiste en su pesar.

¡Ay del mancebo loco,
Que mueve audaz la planta
Sin ver el precipicio
Que le amenaza cruel,
Y alegre y engreído,
Ni siente, ni le espanta
Cómo cegado corre
A confundirse en él!

¡Ay del anciano triste,
Que sufre los enojos
De la importuna suerte
Que un día despreció!
¿Quién le dará consuelos?
¿Quién volverá á sus ojos
El fuego de la vida
Que ayer los animó....?

IV.

El rojo sol ya doraba
Las torres de la ciudad ;
Y de las aves despiertas
Se oía el dulce trinar ,
Cuando un anciano , agoviado
Por el peso de la edad ,
El lecho abandona inquieto
Con tardo é inseguro andar.
Es un padre desgraciado ,
El infeliz D. Gracian ,
Que inútilmente deplora
El antiguo bienestar.
Sus desgracias , sus azares ,
Cada vez se aumentan más ;
Nada los jueces descubren ,
Nada revela Ferrau !
Centuplicados sus males ,
Perdió la tranquilidad ,
Y el tiempo corre ligero ,
Desengañando su afán.
En tanto Estrella , la hija
Fruto de amor virginal ,
Acaso perdida llore
Sin alivio en su penar !
Cruza el cansado decrépito

Las calles de la ciudad,
 Y nadie se cuida de él,
 Nadie sabe adonde va.
 Lleva la frente sombría,
 Descolorida la faz,
 Y en el corazón grabado
 Con punta aguda el pesar.
 Los recuerdos le atenazan
 Sin compasión, sin piedad.
 ¡Era tan hermosa Estrella!
 ¡Era tan dulce su hablar!
 La mano que le robara
 Su tesoro, oculta está,
 Y el infeliz no halla medio
 Para poderla encontrar.
 Si pregunta por su hija,
 Sordos los hombres están,
 O con la risa parodian
 Su negra fatalidad.
 Por eso llora, apartado
 Del trato doble y falaz
 De los mezquinos mortales,
 Que desengaños le dan;
 Y va al *Cristo de la Luz*,
 Con religiosa humildad
 A pedir al Ser Supremo
 Remedio para su mal.
 El sólo puede acorrerle
 En trance tan singular,
 El sólo de su desgracia
 Las sombras disipará!
 Llega D. Gracian al templo,
 Y abierto le encuentra ya;

Mas no ve el Cristo en la cruz ,
 Ni vé luces en su altar.
 Cubiertas mira de luto
 Las imágenes , que están
 En sus urnas solitarias
 Con silencio sepulcral.
 Torpes sus lábios no aciertan
 Acentos á pronunciar ;
 Sus piés se mueven medrosos ;
 Se descompone su faz ,
 Y al ver brotar á sus plantas
 De sangre caliente un mar ,
 Pasmado queda y confuso
 Con un estupor glacial.
 Deja al punto la Capilla,
 Y con inquietud y afán ,
 Dando treguas á sus males ,
 Mayores va á remediar.
 De cuanto ha visto en el templo
 Avisa á la autoridad ,
 Y duda y teme el anciano
 Sobre su suerte fatal.
 Sus pesares é infortunios
 ¿Quién al cabo endulzará?
 El cielo está entristecido ,
 ¡Ay infeliz del mortal !

V.

Salió pronto la justicia
Y el pueblo detras de ella ,
Que á todas partes va el pueblo ,
Y de todo toma cuenta.
Siguieron unos tras otros ,
En numerosa caterva,
Jueces, notarios, corchetes
De uña larga y cara séria,
Curas y monges obesos,
Modelos de penitencia ,
Viejas, muchachos, ancianos ,
Mozalvetes y doncellas ,
Las bonitas recatadas
Y con descoco las feas.
Llegan al templo del Cristo,
Y en ceremonia severa
Todos doblan las rodillas ,
Y descubren las cabezas.
Despues de orar un momento ,
Alzáronse de la tierra ,
Y á una palabra de un juez
Alta, monótona y seca ,
Adelantóse un notario ,
Y con gran prosopopeya
Reconoció los altares
Y examinó bien las puertas.

En un profundo silencio
Absortos todos esperan
El próximo desenlace
De aquella terrible escena.
Ninguno mueve sus labios
Para respirar apenas,
Y la inquietud á los rostros
Asoma en formas diversas.
Solitario, abandonado
El santo leño se eleva,
Sin la imágen sacrosanta
Que nos legó por herencia
Un paraíso perpétuo,
Un cielo sobre la tierra.
Hay á sus plantas un charco
De sangre abundante, fresca,
Y un reguero que conduce
Adonde el crimen se alberga.
Ansiosos le siguen todos,
Mozos, ancianos y viejas,
Con la ansiedad en los pechos,
Sin saber á do les lleva.
Llegan al cabo á una casa
De arquitectura arabesca,
Del barrio *Valdecaleros*,
Y cerrada se la encuentran.
Mas no se pára ninguno;
Todos ligeros se aprestan
A aportillar las paredes
Y á hacer astillas las puertas.
Logrando abrirse camino,
Hasta un establo se entran,
Donde entre pajas y estiercol,

Cercado de luces bellas ,
 El escarnecido rostro
 Del Santo Cristo veneran!
 Registra luego la casa
 La numerosa caterva ,
 Y da á muy pocos instantes
 Con tres judíos y Estrella ,
 Que en una anchurosa sala ,
 Entapizada de sedas ,
 De rica alfombra vestida
 Y perfumada de esencias ,
 Platican sobre la suerte
 Futura de la doncella,
 Ellos resueltos y altivos ,
 Ella esquiva y zahareña.
 Sacao , trémulo de ira ,
 Entre sus manos estrecha
 Una copa , con que exige
 Amor rabioso por fuerza.
 A su lado Abisain ,
 Sombra de aspecto siniestra ,
 Con Leví, que está á un extremo ,
 Los movimientos acecha
 De la víctima inocente ,
 Como el azor á su presa ,
 Para devorarla al punto
 Que escuche la menor seña....
 Escena trágica , horrible ,
 Aquella estancia presenta ,
 Cuando buscando á los reos
 Airado el pueblo penetra.
 Un momento que se tarde ,
 Un minuto que detenga

Su entrada allí la justicia,
 Al fin la venganza impera:
 Sencillez, gracia, hermosura,
 Talento, virtud á prueba,
 Amor malogrado y puro,
 Todo en sangre tinto encuentra.

¡Feliz joven! la fortuna
 Por inesperada senda
 A salvarla en duro riesgo
 A tiempo oportuno llega.
 ¡Dichoso anciano! sus males
 No hallaron sobre la tierra
 Los consuelos que le pide,
 Y el cielo se los compensa.

Sólo hay un sér que padece,
 Mientras la alegría reina
 En los dos pechos unidos
 De D. Gracian y de Estrella.
 ¡Pobre Ferran! ¡cuán injusta
 Ha sido la suerte adversa
 Contigo, á quien no concede
 La dicha que á ellos alienta!
 Tu ventura se retarda,
 Y aún los hierros te sujetan,
 Y aún te mata el desaliento,
 Y la incertidumbre inquieta.
 Pero ensancha el corazón;
 No dudes, Ferran, no temas.
 De tu calabozo oscuro
 Ya se aproxima á las puertas,
 Y las abre y te desliga,
 La justicia, ahora dispuesta
 A retener en tu sitio,

Hasta que acuerde la pena,
A los judios perversos
Que te robaron tu Estrella.
Véla llegar con su padre,
El generoso, ella tierna,
A tenderte ambos los brazos,
Olvidando tus flaquezas,
Tus arrebatos, tus celos,
Que bien pagásteis á medias.
Harto sufrísteis ya todos,
Cúmplase hoy la sentencia :
Para vosotros la dicha,
Para el judio la hoguera!

CONCLUSION.

Se cumplió, y entre el bullicio
Que alzaba con su alegría,
El pueblo vió al otro día
Una boda y un suplicio.

De este modo la conseja
Concluye, y la pongo punto.
Ahora, acabado el asunto,
Empieza la moraleja.

Siendo niño, me contó
Respetable anciana el cuento,
Y milagroso portento
Siempre le he estimado yo.

Ella, con ojos serenos
Mirándome, me explicaba
Que á otros siglos se aplicaba,
Mas que el tiempo es lo de ménos.

Con godos ó castellanos,
En los de Agila ó de Enrique,
Da materia á que predique
Templanza á instintos villanos.

Cuando amor rompe la valla
Del respeto, me decía,
Corre por expuesta vía,
Donde mil peligros halla.

Del placer impuro engendro,
Aunque ninguno le asedie,
Como Dios no lo remedie,
Muere en flor como el almendro.

Grábalo así en la memoria,
Hijo, con buril profundo,
Para que enseñes al mundo
Esta peregrina historia.

Y si la suerte enemiga
O próspera te acorrala,
Grandes dichas te regala,
Y con males te atosiga;

Encerrando en justo linde
La alegría que trasforma,
O dando tranquila forma
Al dolor que el pecho rinde,

Cuando á tu interés convenga
Dí, me añadió aquel vestigio :
**NO HAY DICHA QUE DURE UN SIGLO,
NI MAL QUE POR BIEN NO VENGA !**

UNA ADVERTENCIA CRÍTICA.

La tradicion y la historia no están de acuerdo en el presente caso. Aquella aplica el suceso á los tiempos de Enrique II; ésta le atribuye á la época wisigoda. La voz popular le refiere como la leyenda escrita, y varias autoridades, algunas de muy dudoso crédito, segun una antigua relacion que corre por ahí impresa y conviene reproducir, le explican de la manera siguiente:

•En el año de quinientos y cincuenta y cinco, reinando en España el glorioso rey godo Atanagildo, sucedió en esta ermita que dos judíos, cuyos nombres eran Sacao y Abisain, viniendo de su huerta de Campo Rey (que hoy nuestro hispanismo llama Huerta del Rey), pasando por esta ermita y viéndola sola, hallando tiempo oportuno á su intento, por el rencor que tiene el judaismo con Cristo Señor Nuestro, se determinaron ¡oh bárbara obstinacion! á ultrajar su verdadero retrato que estaba en el altar mayor (que es del cedro que ellos trajeron de Jerusalem para la Sinagoga que la tenian donde está hoy Santa María la Blanca), y así lo hicieron, dándole un bote en el costado con un dardo que traian, á cuyo golpe cayó la milagrosa imágen en el

suelo derramando copiosos raudales de sangre, con cuyo prodigio quedaron los judios llenos de pavor y espanto, aunque no arrepentidos, pues le cogieron y le arrastraron hasta la puerta de dicha ermita, y viendo que la divina imágen no cesaba de derramar sangre, se le metió uno de los judios debajo de su tabardo ó capote, y le llevó á la plazuela de Valdecaleros donde vivia, y soterró en un establo al que no cabe en los cielos. Acudieron los cristianos á venerarla divina imágen, y no hallándola, fué su desconsuelo grande; pero hallaron el remedio en la sangre de este Santísimo Cristo, pues cuando le llevaba el judío debajo de su capote, iba derramando sangre por la calle, por cuyo rastro lo siguieron los cristianos, entrando en casa del judío, y no hallándole se volvian afligidos, cuando este Santísimo Cristo se les apareció en pié en el establo corriendo de su santísima herida sangre. Vino el rey Atanagildo á ver tan portentoso prodigio, y admirado de la maldad del judío, mandó que fuesen los dos apedreados: corto castigo á tan obstinada maldad. Volvió el rey este Santísimo Cristo á su santo templo con una procesion muy solemne, recogiendo la sangre que derramó esta divina imágen en unas ampollas, la cual tocando á ciegos daba vista, á mancos brazos, á cojos piés, á muertos vida, y á todos consuelo y re-

medio. Obraron estas divinas imágenes de allí adelante muchos milagros, como los continúan hoy, con lo cual crecía la envidia de los judíos, pues veían que cuantos llegaban á tocar esta divina imagen quedaban sanos de cualquier enfermedad. Y para que esta devoción se extinguiese, le pusieron á este Santísimo Cristo veneno en el pié, para que así que llegasen á besar quedasen muertos; pero en el que es vida eterna, no tiene lugar (sin su voluntad) la muerte: al llegar una muger pecadora á besar el pié de este divino Señor, su Magestad ¡ gran milagro! apartó el pié, rehusando de que la muger le besase, quedando desclavado, como hoy se ve patentemente.

•No pararon aquí los milagros de esta divina imagen, pues que en la pérdida de España cuando la perdió el rey D. Rodrigo, que fué el año tercero de su reinado, y de setecientos y catorce del nacimiento de nuestro Salvador, temerosos los cristianos de los árabes y judíos, no ultrajasen á estas divinas imágenes del Santísimo Cristo de la Cruz y Virgen de la Luz, las escondieron en unos nichos que están á mano derecha de dicha ermita, dejando una lámpara encendida con una panilla de aceite. Fué Dios servido que el rey D. Alonso el Sexto ganase á Toledo el día de San Urbano á 25 de Mayo de 1085. Entró en Toledo acompañado de la nobleza de España,

y viniendo el Cid Rui Diaz á su lado, entrando por la puerta Aguilena, que está frontera de la iglesia del Santísimo Cristo, el caballo del Cid se arrodilló delante de la iglesia, y desmontando, abrieron las paredes, y al son de música del cielo vieron ¡prodigioso caso! al Santísimo Cristo de la Cruz y Virgen de la Luz con la lámpara encendida, dando luz á los que lo son del cielo y tierra, la cual estuvo ardiendo con una panilla de aceite todo el tiempo que estas divinas imágenes estuvieron ocultas, que fueron trescientos y sesenta y nueve años. Entró S. M. á adorar las divinas imágenes, y mandó que el arzobispo dijera en esta santa casa la primera misa, y dejó, como David el alfange en el templo, S. M. el escudo de la Santa Cruz con que alcanzó la victoria. Son autores de esta verdad Flavio Destro, S. Majanio y el arzobispo D. Rodrigo en la pérdida de España. •

El lector discreto escoja, entre las dos versiones, la que más excite su interés y despierte su curiosidad. Siendo historiador, probablemente se decidirá en parte, si no en todo, por la última; pero si gusta de la poesía, ha de ofrecerle la primera, á no dudarlo, mayor atractivo.

Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

JURÍDICAS.

Comentario á la ley provisional para la aplicacion del Código penal vigente.—Madrid, 1849.

Manual de evaluaciones, ó reglas para fijar el producto de la riqueza sujeta á la contribucion territorial.—Toledo: 1850.

Cuadro sinóptico para uso del papel sellado en los Juzgados de paz del reino.—Madrid: 1865.

POÉTICAS.

Entretenimientos cristianos para los niños. Diurno poético en miniatura.—Toledo: 1851. Primera y segunda edicion.

Las Parábolas. Libro de lectura diaria para mis hijos.—Madrid: 1855, primera edicion.—Sevilla: 1856, segunda edicion.

Dos coronas poéticas, ó sea las dos obritas anteriores reñidas.—Madrid: 1865. Nueva edicion aumentada.

HISTÓRICAS.

Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y monumentos.—Toledo: 1862.

Los Cigarrales de Toledo. Recreacion literaria sobre su historia, riqueza y poblacion.—Toledo, 1857.

Monografia sobre las antiguas ordenanzas de Toledo.—Toledo: 1858.

Aguas potables de Toledo. Monografia histórica y descriptiva de los proyectos realizados ó simplemente concebidos sobre este servicio público, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias.—En prensa.

Relacion de las fiestas y regocijos públicos que en la ciudad de Toledo se celebraron para solemnizar el feliz natalicio de la princesa de Asturias y el restablecimiento de S. M. la Reina Doña Isabel II.—Toledo: 1862.

Se hallan de venta en Toledo, en la librería de Fando, Comercio, 31.